



ELEMENTOS PARA UN DISCERNIMIENTO CRISTIANO DE LA VIDA POLÍTICA

Introducción

He estimado necesario entregar a la comunidad diocesana católica y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad el presente documento, que pretende ayudar a descubrir algunos elementos que en nuestro juicio de conciencia debemos tener en cuenta a la hora de decidir acerca de las personas a quienes entregaremos las más altas responsabilidades en la vida política de la nación, en los cargos de la Presidencia de la República y en el Congreso Nacional.

Nadie puede ser sustituido en el propio juicio acerca de aquello que estima más conveniente y necesario para el bien de nuestra amada Patria. Sin embargo, los católicos han de tener en cuenta las orientaciones que los pastores tienen derecho a entregar frente a decisiones que por su naturaleza tienen consecuencias muy trascendentes para la vigencia de los elementos fundamentales de una cultura cristiana.

En abril de este año los Obispos de Chile decíamos: **“Nos aprestamos a vivir un tiempo que puede ser particularmente rico y significativo para la democracia y la corresponsabilidad ciudadana, como es el período preelectoral. Como en otras oportunidades, junto con afirmar la libertad de conciencia que asiste a los católicos en orden a las opciones políticas, llamamos a ejercer, con responsabilidad cívica madura, el propio juicio crítico y evangélico frente a las diferentes propuestas de gobierno de los candidatos, las que deben ser encaminadas a promover el bien común, en las familias, la educación, los pueblos indígenas, etc. especialmente de los más desvali-**

dos. En este sentido, nos parece sano para el país, que los candidatos presenten clara y oportunamente sus proyectos de gobierno, para que los ciudadanos puedan discernir convenientemente su voto”.¹

El presente documento quiere ser una motivación para reflexionar en nuestras comunidades cristianas, en las familias y en tantas organizaciones sociales donde los hombres y mujeres nos reunimos para compartir sobre los temas que nos preocupan. Uno de ellos es la obligación que todos tenemos de mantener los fundamentos cristianos de esta nación chilena, nacida y fundada en la fe cristiana y católica, que nos legaron nuestros antepasados y que ha dado forma a la República.

Pido a Dios, Señor de la Historia, que su lectura sea de provecho para todos y nos ayude a ser más fieles al legado que Nuestro Señor ha entregado a cada chileno y que debemos saber transmitir con fidelidad a las nuevas generaciones.

San Bernardo, Mes de la Patria de 2005

Juan Ignacio González Errázuriz
Obispo de San Bernardo

¹ Cfr. Hemos visto al Señor, Declaración de la Asamblea Plenaria de la CECH, 22-4-05



DOCUMENTO DE TRABAJO

ELEMENTOS PARA UN DISCERNIMIENTO CRISTIANO DE LA VIDA POLÍTICA

Introducción

- 1. Frente al proceso electoral en marcha**
- 2. El llamado de los Obispos**
- 3. Mirar la realidad y juzgar desde la fe cristiana**
- 4. La autoridad y la búsqueda del bien común**
- 5. Una decadencia profunda en la vigencia de nuestros valores cristianos**
 - a) Leyes contrarias a los principios de una ética cristiana
 - b) El matrimonio casi en desuso
 - c) Una moralidad pública en decadencia
 - d) Problemas graves en la formación de nuestra juventud
 - e) El difícil pero necesario camino de la reconciliación
- 6. Son problemas morales y son problemas de todos nosotros**
- 7. La ausencia de Dios, origen de la crisis moral que padecemos**
- 8. La crítica y disidencia dentro de la Iglesia: un mal extendido**
- 9. Las preguntas y las respuestas desde la fe cristiana**
- 10. Una respuesta evasiva: El mundo ha cambiado**
- 11. Chile es un estado laico: otra respuesta falsa**
- 12. El juicio moral de la Iglesia**
- 13. Vivimos un tiempo de crisis en la tradición**
- 14. La globalización: un proceso positivo pero que exige atención**
- 15. Crisis de nuestras instituciones**
- 16. El individualismo como forma de vida**
- 17. El relativismo moral: esconderse a la verdad**
- 18. Fe y razón, dos alas del desarrollo humano**
- 19. ¿Pero este estado de cosas se ha producido solo?**
- 20. Reconocer el valor del aporte de la Iglesia**



- 21. Nuestros católicos, diversas actitudes**
- 22. El votante católico frente a las elecciones**

ANEXO

Por parecernos de particular interés agregamos como anexo al documento de trabajo la siguiente “Instrucción Pastoral sobre las Elecciones”, de monseñor Mario De Gasperín Gasperín, Obispo de Querétaro, México. 2003



1. Frente al proceso electoral en marcha

En poco tiempo más los chilenos elegirán a un nuevo Presidente de la República y renovarán totalmente la Cámara de Diputados y la mitad del Senado.

Se trata de un proceso que expresa la autonomía de una nación para darse sus propias autoridades, en un ambiente de libertad y pluralismo que es motivo de orgullo para nuestra Patria y que por ello compromete la participación de todos los ciudadanos, que son los auténticos partícipes de un proceso democrático.

A medida que el tiempo de las elecciones se aproxima, nuestras calles se han ido llenando de mensajes y símbolos políticos, que muestran a los candidatos. Rayados callejeros anuncian la campaña electoral. A través de la radio es posible escuchar mensajes y propuestas de candidatos a la presidencia de la República y al Congreso Nacional. En tanto, la televisión diariamente difunde las actividades preparadas por los aspirantes a La Moneda. A todo ello se suman las encuestas, que crean mayores expectativas frente al proceso electoral.

La sobreexposición mediática y publicitaria de los candidatos no necesariamente contribuye a que los votantes se informen adecuadamente respecto de sus programas y propuestas. Es tal la cantidad de datos que se entregan, sin ninguna jerarquización y muchas veces fuera de contexto, que más bien parte importante de la población permanece desinformada y confusa frente a las decisiones que debe adoptar.

2. El llamado de los Obispos

Los obispos de la Iglesia Católica chilena, reunidos en la 89ª Asamblea Plenaria en Punta de Tralca, realizada en abril recién pasado, manifestaron su preocupación por este tema. Tras reco-

nocer, con esperanzas, que en Chile "siguen manifestándose signos vigorosos de vida", hicieron un llamado a los católicos **"a ejercer, con responsabilidad cívica madura, el propio juicio crítico y evangélico frente a las diferentes propuestas de gobierno de los candidatos"**. Estos programas de gobierno deberían ser presentados clara y oportunamente, permitiendo así **"que los ciudadanos puedan discernir convenientemente su voto"**.

En estos días nuevamente el Comité Permanente de la Conferencia Episcopal ha vuelto a referirse al tema electoral, recordando que Chile funda su identidad **"en la dignidad de la persona humana, la primacía del Derecho y el aporte original de la Fe cristiana"** y pidiendo que las propuestas de los candidatos sean **"concretas para promover una mayor equidad, que supere las escandalosas brechas sociales, económicas y culturales existentes en nuestro país y procuren fortalecer la familia como el principal espacio de humanización. Es necesario que formulen políticas favorables a la vida, a la educación, a la salud, a los trabajadores y a las personas de la tercera edad. Es deber de quienes postulan presentarlas de manera oportuna, transparente y clara, pues las promesas electorales constituyen un auténtico compromiso con el país, especialmente con aquellos cuyo presente y futuro depende, en gran medida, del fiel y eficaz cumplimiento de ellas."**

3. Mirar la realidad y juzgar desde la fe cristiana

Es necesario enfrentar con valentía un tema crucial para el futuro cristiano de nuestra patria. Chile no es un país confesional, pero la inmensa mayoría de sus habitantes es cristiana y casi un 70% se declara católico. Esta realidad



implica un estilo de vida, una forma de concebir a la persona y su dignidad, las relaciones sociales, laborales, económicas, etc. La fe cristiana y católica del pueblo chileno es un elemento esencial de nuestra idiosincrasia que nadie tiene derecho a desconocer.

Por otra parte, todos conocemos bien que nuestro mundo occidental, incluida nuestra patria, vive un profundo proceso de secularización. De una cultura centrada en los valores espirituales de la fe cristiana, se nos quiere hacer transitar hacia una cultura forjada en la democracia liberal como valor absoluto, del cual nace la verdad por la vía del consenso. Curiosamente, el relativismo ético que postulan los postmodernismos implica declarar el valor absoluto de la democracia y de sus decisiones, que viene a ser la prueba de la verdad. En este esquema —evidentemente errado— hemos visto a la vieja Europa renegar de sus propias raíces cristianas y aceptar atentados contra la dignidad humana y contra los derechos fundamentales de la persona, como el aborto, la eutanasia, el matrimonio entre personas del mismo sexo, etc. Es el camino que viene siguiendo Chile y sobre el cual es necesario advertir.

4. La autoridad y la búsqueda del bien común

También sabemos muy bien que quien ejerce la autoridad puede **apoyar y profundizar en esos valores y principios, puede dejarlos de lado o ir en contra de ellos y socavarlos**. Basta observar la realidad de otras naciones para comprobar este aserto. El reciente caso español y la aprobación del matrimonio entre homosexuales es muy claro para demostrar el grado de autoritarismo al que llega un sistema democrático absolutizado.

Por eso, un análisis serio del futuro y de la conducción que queremos dar a nuestra Patria

en los años que vienen debe pasar por una mirada realista a lo que ha sucedido en el tema valórico-espiritual en las últimas décadas. Conducir una nación al bien común es una tarea que requiere, ante todo, por parte de quienes reciben ese mandato, conocer los elementos donde ese bien común se funda. Uno de ellos, en el caso de Chile, es nuestra visión cristiana del hombre y de la cultura.

5. Una decadencia profunda en la vigencia de nuestros valores cristianos

Ya hace muchos años, en 1948, el Beato Alberto Hurtado describió los males que venían afectando a Chile con palabras fuertes y certeras. Con ocasión del Te Deum que celebró en Chillán, enseñó: **“La austeridad primitiva desaparece: el dinero ha traído fiebre de gozo y de placer. El espíritu de aventura, de las grandes aventuras nacionales, se debilita más y más, una lucha de la burocracia sucede a la lucha contra la naturaleza. La fraternidad humana, que estuvo tan presente en la mente de nuestros libertadores al acordar como una de sus primeras medidas la liberación de la esclavitud, sufre hoy atroces quebrantos al presentarse cómo aún hoy miles y miles de hermanos son analfabetos, carecen de toda educación técnica, desposeídos de toda propiedad, habitando en chozas indignas de seres humanos, sin esperanza alguna de poder legar a sus hijos una herencia de cultura y de bienes materiales que les permitan una vida mejor; los dones que Dios ha dado para la riqueza y la alegría de la vida son usados para el vicio; las leyes sociales bien inspiradas, pero son casi ineficaces; la inseguridad social amenaza paavorosamente al obrero, al empleado, al anciano.**



Chile tiene una misión en América y en el mundo: misión de esfuerzo, de austeridad, de fraternidad democrática, inspirada en el espíritu del Evangelio. Y esa misión se ve amenazada por todas las fuerzas de la vida cómoda e indolente, de la pereza y apatía, del egoísmo.

La misión de Chile queremos cumplirla, nos sacrificaremos por ella. Nuestros Padres nos dieron una Patria libre, a nosotros nos toca hacerla grande, bella, humana, fraternal. Si ellos fueron grandes en el campo de batalla, a nosotros nos toca serlo en el esfuerzo constructor.

Pero esta misión ha dejado de cumplirse porque las energías espirituales se han debilitado, porque las virtudes cristianas han decaído, porque la Religión de Jesucristo, en que fuera bautizada nuestra Patria y cada uno de nosotros, no es conservada, porque la juventud, sumida en placeres, ya no tiene generosidad para abrazar la vida dura del sacerdocio, de la enseñanza y de la acción social. Es necesario, antes que nada, producir un reflojamiento de todas las energías morales de la Nación: devolver a la Nación el sentido de responsabilidad, de fraternidad, de sacrificio, que se debilitan en la medida en que se debilita su fe en Dios, en Cristo, en el espíritu del Evangelio.

Y estas ideas con qué alegría puede uno pronunciarlas en Chillán, en la Patria de O'Higgins, aquel hombre lleno de valores morales porque lleno de fe, este mismo fue el espíritu de Prat, el más valiente chileno y el más ferviente cristiano con el escapulario de la Virgen al cuello; el espíritu de cada uno de nuestros grandes Padres de la Patria y el espíritu de nuestros humildes y valientes soldados, el espíritu de nuestras madres y de nuestras abuelas que nos formaron en el respeto a Dios,

en el amor a Cristo y a su Madre, y en la austeridad, el esfuerzo y la caridad fraternal.”²

a) Leyes contrarias a los principios de una ética cristiana

La experiencia de los últimos años denota un decaimiento moral de la nación. A ello han contribuido muchos factores de diversa índole. Pero la realidad muestra que en poco tiempo **hemos conocido leyes y políticas gubernativas abiertamente contrarias a la ética cristiana**; están en tramitación en el Parlamento propuestas que vulneran abiertamente nuestros principios esenciales, como es el caso del Proyecto de Ley Marco sobre Derechos sexuales y Reproductivos que introduce el aborto. Hemos asistido a **la aprobación de la Ley de Divorcio** sin haber sido capaces de generar un diálogo serio acerca de su conveniencia ni de pensar en las consecuencias futuras para la familia chilena. Nuestra capacidad de asombro ha sucumbido al comprobar que los votos de los parlamentarios católicos –con honrosas excepciones– han sido los que han impulsado esta ley. Y todos los católicos sabemos que es un tema donde los pronunciamientos de la Iglesia –antiguos y modernos– siempre han sido claros, precisos y concordes.

b) El matrimonio casi en desuso

Según las estadísticas del Registro Civil, el número de matrimonios celebrados en Chile ha bajado sistemáticamente en las últimas décadas. Desde la década del ochenta se acusa una caída que va desde 104.000 al final del decenio a 69.765 en 2001 y 66.207 en 2003 con una tendencia a seguir bajando. Lo mismo cabe anotar para los matrimonios religiosos, cuyo descenso

² Cfr. <http://www.puc.cl/hurtado/02%20textos/texto30.htm>



es motivo de mucha preocupación para la Iglesia. En las encuestas un 31% estima que el matrimonio es una institución en crisis, un 28% estima que el matrimonio es un lugar donde se generan crisis y problemas y un 15% solamente lo estima como un lugar de amor (Adimark).

c) Una moralidad pública en decadencia

Hemos conocido una **caída en la moralidad pública** sin precedentes en la historia patria, expresada en muchas formas, entre ellas **la pornografía abierta en canales de TV de acceso masivo**, el aumento sistemático del nivel de vulgaridad en el lenguaje, **la promiscuidad sexual entre nuestros jóvenes con índices de embarazo juvenil alarmantes**, una sistemática falta de respeto por las maneras y las formas de tratarnos, el uso habitual de los “garabatos” en los programas de radio y TV y en la forma de expresarse, sobre todo de las jóvenes generaciones. **La drogadicción y el alcoholismo** siguen su curso progresivo, afectando, incluso, a los más pobres. El país ha visto con asombro cómo **el abuso sexual de menores se ha detectado en amplias capas de nuestra sociedad** y que muchas veces las personas con más acceso a la cultura han sido autores de atrocidades, las que todos rechazamos por repugnantes. Habiendo perdido casi la capacidad de reacción, **hemos visto a miles de chilenos correr desnudos por nuestras calles y prestarse a ser fotografiados**, como si se tratara de protagonistas de una auténtica expresión cultural, en abierta contradicción con básicos principios de moralidad pública. Ya **más del 50% de los niños que nacen en Chile lo hacen de relaciones no formales entre sus padres**. En 1990 era sólo del 30%. Sabemos que son niños que conocerán a varios “padres” a lo largo de su vida y sabemos muy bien el triste futuro que les espera a muchos de ellos.

d) Problemas graves en la formación de nuestra juventud

Los **problemas de nuestra educación**, pese a los esfuerzos de inversión hechos, son graves y expresan una debilidad muy seria en nuestros métodos y objetivos educacionales. Observamos habituados cómo **el Estado debe alimentar a nuestros estudiantes**, sin darnos cuenta de que ello indica una grave falencia de las familias de las cuales proceden, pues muchas veces no son capaces de alimentar suficientemente a los hijos. También nos vamos acostumbrando a un **elevado grado de violencia intraescolar**, con hechos de sangre protagonizados por nuestros jóvenes. Nuestras aulas, en un pasado no muy remoto, lugar de cultivo de las ciencias y del aprendizaje, se han ido convirtiendo en lugares peligrosos, donde muchos profesores temen a sus alumnos. **La Iglesia sigue organizando comedores populares** en las parroquias, porque es una necesidad imperiosa y una obra de caridad que no puede dejarse de lado. Quienes trabajamos en sectores populares –y también para los estratos medios– nos damos cuenta de que **las políticas de vivienda llevadas adelante en las últimas décadas han provocado una alta tasa de promiscuidad sexual dentro de los hogares, que incluye –aunque se lo quiera esconder– un altísimo número de jóvenes que son abusados sexualmente por sus padres o parientes**. Nuestros jóvenes son iniciados en la sexualidad mirando la vida íntima de sus padres, lo cual, como enseñan todos los psicólogos, es altamente negativo y deformante para ellos. A eso se agrega **una política pública de prevención del Sida que consiste en la distribución masiva de preservativos**, aun conociendo tanto quienes las promueven como los estudiosos que con ellas no se frena la posibilidad de contagio, y que fomenta una sexualidad promiscua y degra-



dante para muchos jóvenes. Asimismo, no puede olvidarse que desde hace muchos años se llevan adelante **políticas de educación sexual para nuestra juventud que han sido motivo de reparos graves por parte de los estudiosos y de la Iglesia**. Según estudios, un 83% de los jóvenes entre 18 y 24 años están de acuerdo o muy de acuerdo con las relaciones sexuales antes del matrimonio y el 76,6 % de los jóvenes y el 71% de las jóvenes mayores de 15 años ya se han iniciado en la vida sexual. Promovidas desde las esferas públicas, se han levantado **campañas a favor de la aprobación de la homosexualidad** e intentado incluso equiparar las uniones homosexuales al matrimonio. **El problema de la delincuencia**, que se va haciendo especialmente grave en los sectores populares, con hechos de sangre habituales y muerte de personas inocentes, es también un fuerte llamado a preguntas muy de fondo. Se ha ido instalando en nuestra tierra **la cultura del robo**, como nos lo muestran día a día los noticiarios de TV y las informaciones de prensa.

El cuadro de nuestra decadencia moral se ve agravado por los recientes estudios acerca del consumo de droga y alcohol en nuestra juventud. El 73,5% de los jóvenes entre 17 y 25 consume alcohol; un 16,6%, pasta base y un 17,4%, otras drogas ilícitas.³

En la edad entre los 12 y los 18 años, un 35% de nuestros jóvenes –hombres y mujeres– consume alcohol. Son problemas graves que, reconociendo los esfuerzos técnicos que se hacen, siguen afectando a gran parte de nuestros jóvenes. Son problemas que nos muestran un negro futuro, si no actuamos con claridad y con certeza en cuanto a las medidas que se han de adoptar.

³

www.conacedrogas.cl/inicio/pdf/Uso_drogas_estudiantes_educacion_superior_CONACE2004.pdf

e) El difícil pero necesario camino de la reconciliación

Este abandono de nuestro enfoque cristiano del hombre y la sociedad nos ha llevado a recorrer un complejo camino de reconciliación nacional que parece no terminar nunca. Es difícil encontrar una nación en la que, habiendo sufrido procesos similares a los que antaño nos dividieron, pasadas decenas de años, esto siga gravitando tan fuertemente sobre la vida nacional.

Esta incapacidad de reconciliación es una dura espina que hiere al país, nos ha hecho perder el norte y nos ha conducido a luchas interminables y que hoy permanece latente en nuestra sociedad. Muchas veces parece un diálogo de sordos, una disputa de enemigos, porque pocos se escuchan o, en el fondo, muy pocos quieren escuchar a los otros.

Es necesario preguntarse por qué después de tanto esfuerzos las heridas siguen abiertas, incluso cuando la Iglesia ha desplegado toda su fuerza evangelizadora en esta tarea. En la hora presente hemos de preguntarnos qué hemos de hacer para el futuro. Esta realidad hace necesario **saber escoger a los hombres y mujeres que han de conducir a Chile en los años futuros con una abierta capacidad y determinación de conducir a la nación por los caminos de una reconciliación verdadera, que nos vuelva a poner en el camino de la paz y la concordia, dentro de un sano y necesario pluralismo.**

Escribió el gran pontífice Juan Pablo II: “Sin embargo, la misma mirada inquisitiva, si es suficientemente aguda, capta en lo más vivo de la división un inconfundible deseo, por parte de los hombres de buena voluntad y de los verdaderos cristianos, de recomponer las fracturas, de cicatrizar las heridas, de instaurar a todos los niveles una unidad esencial. Tal deseo comporta en muchos una verdadera nostalgia de reconciliación”



liación, aun cuando no usen esta palabra. Para algunos se trata casi de una utopía que podría convertirse en la palanca ideal para un verdadero cambio de la sociedad; para otros, por el contrario, es objeto de una ardua conquista y, por tanto, la meta a conseguir a través de un serio esfuerzo de reflexión y de acción. En cualquier caso, la aspiración a una reconciliación sincera y durable es, sin duda alguna, un móvil fundamental de nuestra sociedad como reflejo de una incoercible voluntad de paz; y -por paradójico que pueda parecer- lo es tan fuerte cuanto son peligrosos los factores mismos de división.”⁴

¿Quién se negaría a aceptar que todo hombre o mujer de buen corazón quiere la reconciliación? Pero entendemos cosas diversas por tal concepto. Siguiendo el pensamiento de un gran santo, doctor de la Iglesia y maestro de los moralistas, San Alfonso María de Liguorio, nos preguntamos con sus palabras: “¿Tiene obligación el ofendido de otorgar el perdón al ofensor?” Siguiendo su respuesta, decimos que en su opinión es difícil que se produzca un verdadero perdón exigiendo, a la vez, el cumplimiento de la justicia y que el malhechor sea castigado. Dice el santo: **“Y es que nunca pude persuadirme de que el celo que estos tales, con frecuencia ellos mismos cargados de culpas, manifiestan por el bien común y la justicia, sea un celo exento del deseo de venganza. Piden justicia, no en general para todo delincuente, sino exclusivamente para sus enemigos personales. Y es muy fácil – como muchos autores afirman– que aquel amor del bien común sea sólo un bonito pretexto, encubridor de un deseo personal de venganza.”**⁵

⁴ RP, Proemio, 3

⁵ San Alfonso María de Liguorio, *Práctica del confesor*, colección Alfonsiana, edit. El perpetuo socorro, Madrid, 1952, p. 128-129

En efecto, unos quieren perdonar después que quien ofendió pida perdón, descubra y confiese su pecado ante quien fue agredido y sea juzgado y condenado por el delito. Es un camino posible, pero difícilísimo, porque requiere de un grado de virtud que, por desgracia, las personas ofendidas no siempre tienen. Quizá, como hemos señalado, ese perdón no es tal y esconde tras de sí el deseo de vengarse. Otro camino es la gratuidad del perdón. Para un cristiano la actitud de perdón puede darse sin pedir nada a cambio. Se perdona la ofensa por grave que ella sea y el alma entonces vuelve a la paz. Un maravilloso pasaje de la Escritura –el de José en Egipto– nos da luces sobre el sentido de nuestro perdón (Gen, 50). José estaba en actitud de perdón. No esperó que se postraran sus hermanos ante él (que lo habían vendido como esclavo). Su corazón ya había perdonado antes, porque amaba a Dios. Ésta es una gran enseñanza. Es la misma actitud de padre del hijo pródigo que Jesús nos relata en la parábola: “Se dijo a sí mismo “me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros.” Y, levantándose, partió hacia su padre. Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: "Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo." Pero el padre dijo a sus siervos: “Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies”. El padre estaba en actitud de perdón y antes que el hijo que pecó se lo pidiera ya había perdonado. Salía todos los días a esperar al hijo, ya perdonado.

San Pablo escribe: **“Pues si alguien ha causado tristeza, no es a mí a quien se la ha causado; sino en cierto sentido –para no exagerar– a todos vosotros. Bastante es para ese tal el castigo infligido por la comunidad, por**



lo que es mejor, por el contrario, que le perdonéis y le animéis no sea que se vea ése hundido en una excesiva tristeza. Os suplico, pues, que reavivéis la caridad para con él. Pues también os escribí con la intención de probaros y ver si vuestra obediencia era perfecta. Y a quien vosotros perdonéis, también yo le perdono. Pues lo que yo perdono –si algo he perdonado– fue por vosotros en presencia de Cristo, para que no seamos engañados por Satanás, pues no ignoramos sus propósitos.” (2 Cor, 2, 1-11)

También San Pablo, en la carta a los Corintios, tiene una frase que nos debe hacer meditar: "Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!" (2 Cor. 5 18-20)

6. Son problemas morales y son problemas de todos nosotros

Podríamos seguir enumerando las pruebas de la decadencia moral que como nación sufrimos y, si lo hemos hecho, es para provocar una reacción positiva. **Son problemas de Chile, de todos los chilenos y chilenas y nadie puede sentirse ajeno a ellos ni tampoco culpar a unos y exculpar a otros.** Son dificultades graves que sólo pueden enfrentarse con unidad de miras en lo esencial, sin perjuicio, como es lógico, de que en una sociedad plural y democrática tengamos muchas diferencias. Son problemas que nos deben hacer meditar en las personas, en cómo revertir realidades que a todas luces son negativas,

más allá de las convicciones políticas o religiosas que cada uno pueda legítimamente sostener. El fácil argumento de que estas dificultades y otras requieren cambios en las estructuras sociales es un error ya clásico en las situaciones de crisis. Con el profeta podríamos decir que hay que cambiar los corazones, no las vestimentas. (Joel 2,13)

Todos los señalados y otros **son problemas morales**, es decir, apuntan a una forma de concepción de los comportamientos personales que contrarían muchas veces los fundamentos de una sociedad fundada en el **“aporte original de la Fe cristiana”**, como hemos señalado los Obispos de Chile. No se trata sólo de políticas buenas o malas, recursos mal o bien asignados u otras razones de orden técnico, en los cuales deben intervenir los expertos y que a la Iglesia no le competen en cuanto tal. Lo que es evidente es que **en una visión trascendente estas dificultades expresan una crisis moral.** Por ello, la Iglesia tiene una palabra que decir y los pastores debemos mostrar las soluciones morales que son necesarias para enfrentar el futuro. En el fondo, las dificultades que antes se han señalado se deben a **una concepción antropológica que ha hecho abandono de la verdad esencial de la fe cristiana sobre la persona humana** y sobre la capacidad del ser humano del bien y del mal, para erigir como regla esencial de vida el relativismo ético –del cual luego diremos algo– y una mal entendida tolerancia y democracia fundada en que cada uno tiene su verdad.

Como enseñó el Concilio Vaticano II: “Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, en el propio exordio de la historia, abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios. Conocieron a Dios, pero no le glorificaron como a Dios. Obscurecieron su estúpido corazón y prefirieron



servir a la criatura, no al Creador. Lo que la Revelación divina nos dice coincide con la experiencia. El hombre, en efecto, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener origen en su santo Creador. Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe el hombre la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación. Es esto lo que explica la división íntima del hombre. Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Más todavía, el hombre se nota incapaz de domeñar con eficacia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas. Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente y expulsando al príncipe de este mundo, que le retenía en la esclavitud del pecado. El pecado rebaja al hombre, impidiéndole lograr su propia plenitud. A la luz de esta Revelación, la sublime vocación y la miseria profunda que el hombre experimenta hallan simultáneamente su última explicación.” (GS,13)

7. La ausencia de Dios, origen de la crisis moral que padecemos

Recientemente el Papa Benedicto XVI decía a los jóvenes reunidos en Colonia: “Quien ha descubierto a Cristo debe llevar a otros hacia Él. Una gran alegría no se puede guardar para uno mismo. Es necesario transmitirla. **En numerosas partes del mundo existe hoy un extraño olvido de Dios. Parece que todo marche igualmente sin Él. Pero al mismo tiempo existe también un sentimiento de frustración, de insatisfacción de todo y de todos. Dan ganas**

de exclamation: ¡No es posible que la vida sea así! Verdaderamente no. Y de este modo, junto al olvido de Dios existe como un boom de lo religioso. No quiero desacreditar todo lo que se sitúa en este contexto. Puede darse también la alegría sincera del descubrimiento. Pero exagerando demasiado, la religión se convierte casi en un producto de consumo. Se escoge aquello que place, y algunos saben también sacarle provecho. Pero la religión buscada a la “medida de cada uno” a la postre no nos ayuda. Es cómoda, pero en el momento de crisis nos abandona a nuestra suerte. Ayudad a los hombres a descubrir la verdadera estrella que indica el camino: ¡Jesucristo!”⁶

No resulta una novedad señalar que en nuestra cultura dominante Dios se ha ido haciendo lejano. Chile también experimenta una profunda crisis de Dios en extensos ámbitos de nuestra vida como sociedad. Es cierto que las expresiones de religiosidad son aún fuertes, particularmente en nuestros fieles más sencillos, pero también ellas tienden a decaer y se van transformando –muchas veces– en expresiones culturales y sociales donde Dios comienza a estar ausente.

8. La crítica y disidencia dentro de la Iglesia: un mal extendido

Estas palabras del Papa expresan muy bien la situación de muchas personas de nuestra patria. Creen en Dios, buscan a Dios, pero lo creen a su medida y lo buscan según sus gustos. El sentimiento religioso no ha desaparecido del pueblo chileno; está arraigado, firme, pero muchas veces errado. Ésta es la explicación de las miles de nuevas iglesias, de iniciativas espirituales, de formas de espiritualidad oriental que se

⁶ Colonia, 21 de agosto de 2005



expanden y atraen a muchos. Se trata de un fenómeno que debe hacernos meditar en nuestra responsabilidad de mostrar el verdadero rostro de Cristo. Entre nosotros, los católicos, se ha extendido un cierto temor a hablar de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia. Incluso en algunos ambientes católicos se mira a la Iglesia y sus enseñanzas como lejanas, con una crítica abierta o soterrada hacia quienes, por llamado del Señor, la conducen. Hay, por desgracia, hijos de la Iglesia que de esta manera se hacen parte en un cierto desprestigio hacia nuestra Iglesia, mostrando una falsa división entre lo que sería o debería ser lo que ellos consideran Iglesia, su enseñanza moral, su comprensión del mundo y lo que mostrarían los pastores de ella. Es una crítica injusta, fácil y desleal, porque procede desde dentro y desacredita hacia fuera. En el fondo, es una crítica insidiosa que denota una visión muy humana de la Iglesia y una falta de fe. En este sentido, no puede dejar de mencionarse que muchas de las políticas y leyes que hieren la cultura cristiana de nuestra nación proceden de personas que se dicen católicas. Este quiebre también debe hacernos a todos meditar, porque implica una incoherencia seria en la manera de vivir su fe y su adhesión a las enseñanzas de la Iglesia en materias en las cuales la enseñanza del Magisterio no admite dudas.

La Iglesia Católica fundada por Cristo el Señor, El Hijo de Dios, sobre el fundamento de Pedro y los Apóstoles no es una institución que debe adecuarse a los tiempos, sino que precisamente su misión es ayudar a los hombres y mujeres de todo tiempo y lugar a vivir conforme a las enseñanzas del Evangelio, aunque eso pueda implicar incomprendiones, lejanías. Y esa fidelidad de la Iglesia al mandato de su divino Fundador forma parte de su esencia y es la raíz profunda que le da eficacia salvífica.

9. Las preguntas y las respuestas desde la fe cristiana

Desde la perspectiva de la fe, tenemos derecho a preguntarnos por las causas más profundas de estas dificultades y tenemos derecho a preguntar a los que aspiran a conducir la República por sus respuestas ante estos desafíos y sus posibles responsabilidades, en el caso de que ya hayan ejercido cargos públicos. De las respuestas que obtengamos saldrán las decisiones que en conciencia deberemos adoptar a la hora de expresar nuestras preferencias en las urnas. Como hemos señalado los Obispos: **“Es un derecho y un deber de los ciudadanos conocer lo más acabadamente posible los programas de los candidatos y candidatas, así como los valores y criterios en que se sustentan, bienes que el recordado cardenal Raúl Silva Henríquez sintetizara en lo que llamó “el alma de Chile”, cuya identidad se funda en la dignidad de la persona humana, la primacía del Derecho y el aporte original de la Fe cristiana.”**⁷

10. Una respuesta evasiva: El mundo ha cambiado

Ante la magnitud de las dificultades morales que enfrentamos no basta con señalar que nuestro mundo ha cambiado y que las cosas hoy son diversas. Ésa es una explicación falsa. Una observación atenta de la realidad de los últimos años nos señala que nuestro mundo y los valores de nuestra patria **están siendo cambiados desde el poder político en el amplio sentido de la palabra y con ideas precisas que todos conocemos, mediante una campaña sistemática para refundar las convicciones de fondo de nuestros ciudadanos.** Se trata de modificar los

⁷ Comité Permanente de la CECH. Responsabilidad y transparencia en el proceso electoral n. 4



valores cristianos esenciales que han orientado nuestra vida como nación, hasta dejarlos reducidos a visiones personales, vivencias privadas sin posibilidad alguna de influjo en la vida pública. A ellos contribuyen no sólo quienes desde la perspectiva agnóstica se oponen –algunas veces con virulencia y las más con soterrada acción– sino también muchos cristianos imbuidos por un pesimismo o deformación de nuestra fe, que se prestan a estos cambios cuyas consecuencias en el futuro son imprevisibles. “¡Cuánta cizaña!, fruto de un apasionado fundamentalismo laicista y anticatólico, ha sido y es sembrada desde algunos medios de información y ambientes políticos: se inventan derechos que no existen y en cambio niegan o dificultan derechos y principios jurídicos verdaderos basados en la dignidad de la persona y en el bien común de la sociedad y por ello anteriores a cualquier sistema político, de izquierda o de derechas.”⁸

11. Chile es un estado laico: otra respuesta falsa

Como ha señalado recientemente el Santo Padre al visitar al Presidente de la República Italiana, “**es legítima una sana laicidad del Estado, en virtud de la cual las realidades temporales se rigen según sus normas propias, pero sin excluir las referencias éticas que tienen su fundamento último en la religión. La autonomía de la esfera temporal no excluye una íntima armonía con las exigencias superiores y complejas que derivan de una visión integral del hombre y de su destino eterno**”.⁹ Es cierto que Chile no es un Estado confesional donde las normas morales de una determinada religión deben imponerse a los ciudadanos. Vivimos en un régimen de libertad, en una demo-

⁸ Cfr. <http://www.aciprensa.com/Cardenales/herranz.htm>

⁹ 24 de junio de 2005

cracia, y eso es importante para que se puedan expresar todas las ideas e iniciativas de los chilenos. Pero laicidad del Estado no es lo mismo que laicismo. Que un Estado sea laico significa que el Estado, sus leyes y sus autoridades respetan el pensamiento religioso de sus habitantes y lo consideran un factor social importante –por lo menos como los demás– que hay que promover, garantizar y respetar. En el caso de la fe cristiana, resulta evidente que cualquier intento –como el que observamos– de socavar esos valores, es no sólo un atropello a los derechos de muchas personas, sino una grave injusticia, tan grave como pasar a llevar sus convicciones en otros ámbitos.

Es cierto que el mundo ha cambiado. Pero los valores morales esenciales y religiosos tienen fundamentos que no cambian; por esa razón, no es que debemos adaptar esos valores a la nueva realidad, sino que la realidad, ha de ser iluminada desde esos valores perennes para ser juzgada desde ella. Esto requiere de un gran coraje espiritual, pero, sobre todo, que quienes conduzcan los destinos superiores de la Nación conozcan y traten de profundizar desde la perspectiva de esos valores, para desde su luz saber qué conviene a Chile y a sus hijos. Difícilmente quienes no comparten esos valores, ni los conocen o practican, podrán conducir nuestra sociedad por el camino correcto, que no puede “**excluir las referencias éticas que tienen su fundamento último en la religión**”, como con tanta claridad nos señala el Santo Padre.

12. El juicio moral de la Iglesia

Asumiendo las palabras de los hermanos obispos de Europa, podríamos decir que “no tenemos el propósito ni la competencia para ofrecer una imagen sistemática y completa de los cambios culturales acaecidos. Menos aún preten-



demos demonizar la cultura de nuestro tiempo que aporta tantos y tan grandes bienes económicos, sanitarios, formativos, incluso morales (aunque, lamentablemente, no a toda la humanidad). Nuestra intención es más modesta. Nos remitimos a señalar algunos factores que han marcado especialmente nuestra vida creyente y eclesial”¹⁰

Por el contrario, la Iglesia, experta en humanidad, recoge con alegría todos los avances humanos y sociales que el progreso lleva consigo, pero se opone a que se intente presentar los valores de la fe como un obstáculo a ese progreso. La Iglesia no puede olvidar que tiene un particular compromiso con los más desposeídos, por los cuales tiene una particular preocupación evangélica. Sabe muy bien que en este proceso de cambios acelerados, ellos son muchas veces perjudicados, no solamente en los aspectos materiales, sino sobre todo en su vida moral, en sus costumbres, en el reconocimiento de sus derechos más esenciales. El juicio moral de la Iglesia y de sus pastores sobre las realidades que afectan a los ciudadanos es un juicio que orienta sus conciencias. Como enseñó el Concilio Vaticano II : “La Iglesia católica, para cumplir el mandato divino: "enseñad a todas las gentes" (*Mt.*, 18, 19-20), debe emplearse denodadamente "para que la palabra de Dios sea difundida y glorificada" (*2 Tes.*, 3, 1). Ruega, pues, encarecidamente a todos sus hijos que ante todo eleven "peticiones, súplicas, plegarias y acciones de gracias por todos los hombres... Porque esto es bueno y grato a Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (*1 Tim.*, 2, 1-4). **Por su parte, los fieles, en la formación de su conciencia, deben prestar diligente atención a la doctrina sagrada y cierta de la Iglesia. Pues por voluntad de Cristo la Iglesia Católica es la maestra de la**

¹⁰ Carta de los Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria, Cuaresma-Pascua 2005, n. 25

verdad, y su misión consiste en anunciar y enseñar auténticamente la verdad, que es Cristo, y al mismo tiempo declarar y confirmar con su autoridad los principios de orden moral que fluyen de la misma naturaleza humana. Procuren además los fieles cristianos, comportándose con sabiduría con los que no creen, difundir "en el Espíritu Santo, en caridad no fingida, en palabras de verdad" (*2 Cor.*, 6, 6-7) la luz de la vida, con toda confianza y fortaleza apostólica, incluso hasta el derramamiento de sangre”¹¹

13. Vivimos un tiempo de crisis en la tradición

“Algunos sociólogos sostienen que vivimos en una sociedad predominante y progresivamente post-tradicional. No se debilitan solamente algunas tradiciones, que se vuelven residuales o inexistentes. Es toda la tradición la que está cuestionada de raíz. La revisión crítica de todas las tradiciones, realizada con una mirada no sólo cuidadosa, sino cautelosa e incluso suspicaz les ha «movido el suelo», hasta el punto de que nuestra sociedad va perdiendo memoria histórica y volviéndose «amnésica».”¹²

Pero todos sabemos que la tradición y la memoria histórica son necesarias para vincularnos con el pasado y proyectar el futuro y, por ello, **el alejamiento sistemático de Chile de la tradición cristiana constituye un error gravísimo hacia el futuro y un quiebre insoluble con los valores esenciales que hemos recibido de las anteriores generaciones.** Una prueba de este quiebre es que el recuerdo de los acontecimientos históricos que nos han dado el ser es cada vez más tenue y la burla de los hechos heroicos, una realidad sostenida con el presu-

¹¹ DH, n.14

¹² Carta de los Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria, Cuaresma-Pascua 2005, n. 25



puesto público, como por desgracia ha sucedido. Nuestra historia patria, llena de acontecimientos que expresan las virtudes y la capacidad de amor a Dios, a la Patria y al prójimo de nuestros propios antepasados ha ido desapareciendo paulatinamente de la memoria de nuestras nuevas generaciones. Se va imponiendo una visión sociológica crítica del pasado, donde los héroes de antaño que nos dieron esta patria libre y soberana son cuestionados. Es notorio que en los espacios públicos ya no se muestra a esos hombres y mujeres como ejemplos de patriotismo y de virtud.

Es cierto que no todas las tradiciones deben mantenerse, no todas son buenas. Pero también lo es, que lo que **está siendo cambiado es el ambiente cristiano de Chile y esto forma parte de su tradición misma**. No es extraño que la crisis de la tradición afecte en su misma médula a la vida de la Iglesia. Muchos de nuestros contemporáneos contemplan a la Iglesia como una institución aferrada a su propio pasado que habría congelado el mensaje fresco y renovador del Evangelio. Esta percepción no es ajena a miembros de la misma Iglesia. La reserva cautelosa ante el contenido de la tradición que transmite la Iglesia y la tendencia a sobrevalorar la novedad se alojan también en la vida de bastantes creyentes. En nuestro caso es evidente que las opiniones, escritos, críticas, etc., de miembros de la misma Iglesia –tanto del clero como de laicos– han contribuido a muchas de las políticas y leyes contrarias a los valores de la fe cristiana.

14. La globalización: un proceso positivo pero que exige atención

En otros casos se justifica el actual estado de cosas, que brevemente hemos descrito, como consecuencia del proceso de globalización que se extiende por el mundo y por nuestra Patria. Como nos enseñó el Papa Juan Pablo en la Exhorta-

ción post-sinodal La Iglesia en América: **“una característica del mundo actual es la tendencia a la globalización, fenómeno que, aun no siendo exclusivamente americano, es más perceptible y tiene mayores repercusiones en América. Se trata de un proceso que se impone debido a la mayor comunicación entre las diversas partes del mundo, llevando prácticamente a la superación de las distancias, con efectos evidentes en campos muy diversos. Desde el punto de vista ético, puede tener una valoración positiva o negativa. En realidad, hay una globalización económica que trae consigo ciertas consecuencias positivas, como el fomento de la eficiencia y el incremento de la producción, y que, con el desarrollo de las relaciones entre los diversos países en lo económico, puede fortalecer el proceso de unidad de los pueblos y realizar mejor el servicio a la familia humana. Sin embargo, si la globalización se rige por las meras leyes del mercado aplicadas según las conveniencias de los poderosos, lleva a consecuencias negativas. Tales son, por ejemplo, la atribución de un valor absoluto a la economía, el desempleo, la disminución y el deterioro de ciertos servicios públicos, la destrucción del ambiente y de la naturaleza, el aumento de las diferencias entre ricos y pobres, y la competencia injusta que coloca a las naciones pobres en una situación de inferioridad cada vez más acentuada. La Iglesia, aunque reconoce los valores positivos que la globalización comporta, mira con inquietud los aspectos negativos derivados de ella. ¿Y qué decir de la globalización cultural producida por la fuerza de los medios de comunicación social? Estos imponen nuevas escalas de valores por doquier, a menudo arbitrarios y en el fondo materialistas, frente a los**



cuales es muy difícil mantener viva la adhesión a los valores del Evangelio”.¹³

Resulta evidente que la respuesta a nuestras dificultades –sobre todo cuando afectan a los pobres– no puede justificarse con una pretendida globalización, que, junto con los elementos positivos, evidentes y apreciables, trae como consecuencia otros muy negativos; uno de ellos es la pérdida de la propia identidad como nación, como pueblo y comunidad con un destino propio. El mismo Juan Pablo II, con lucidez maravillosa, alertó a los Obispos del mundo entero acerca de este fenómeno: **“Deseo referirme brevemente también al complejo fenómeno de la llamada globalización, una de las características del mundo actual. En efecto, existe una « globalización » de la economía, las finanzas y también de la cultura, que se impone progresivamente por efecto de los rápidos progresos vinculados a las tecnologías informáticas. Como he tenido ocasión de decir en otras circunstancias, la globalización requiere un discernimiento atento para identificar sus aspectos positivos y negativos, así como las consecuencias que pueden derivarse para la Iglesia y para todo el género humano. En dicha tarea es importante la aportación de los Obispos, los cuales han de insistir siempre en la necesidad urgente de que se logre una globalización en la caridad y sin marginaciones. (...) Sin afrontar de nuevo una problemática tan grave, reitero sólo algunos puntos fundamentales expuestos ya en otros lugares: la visión de la Iglesia en esta materia tiene tres puntos de referencia esenciales y concomitantes, que son la dignidad de la persona humana, la solidaridad y la subsidiaridad. Por tanto, «la economía globalizada debe ser analizada a la luz de los principios de la justicia social, respetando la op-**

¹³ n. 20

ción preferencial por los pobres, que han de ser capacitados para protegerse en una economía globalizada, y ante las exigencias del bien común internacional» Inserta en el dinamismo de la solidaridad, la globalización ya no es causa de marginación. La globalización de la solidaridad, en efecto, es consecuencia directa de esa caridad universal que es el alma del Evangelio”.¹⁴

Un proceso de globalización verdadero, respetuoso de la persona, de su entorno, de sus tradiciones y de su historia, requiere de que seamos capaces de analizar y juzgar desde la perspectiva de la ética cristiana y desde la doctrina social de la Iglesia sus beneficios. Ésta es una obligación que incumbe a todos, pero especialmente a nuestros gobernantes, y es un punto preciso a tener en cuenta a la hora de expresar nuestras preferencias políticas.

15. Crisis de nuestras instituciones

Chile ha sido desde siempre una nación ejemplar en el contexto de sus hermanas de la América hispana. En parte importante ello se ha debido a la estabilidad de nuestras instituciones políticas y sociales, arraigadas en el alma nacional desde los primeros albores de la vida independiente. Como hemos señalado en el Documento de trabajo **En Camino al Bicentenario**, de septiembre de 2004, hoy es cuestionada la vocación política de muchos hombres y mujeres que quieren servir a Chile desde el servicio público y sobre todo a los parlamentarios. Los chilenos los sienten lejanos y desconfían de ellos, del trabajo en bien de la nación de algunos de estos compatriotas.

En una encuesta del año 2002, ante la pregunta de si sienten mucha confianza ante los

¹⁴ Exh. Apost. Pastores gregis, n. 69



senadores y diputados la respuesta era que sólo 3,7% la tiene y un 1,7%, en los partidos políticos. Son datos ciertamente discutibles, pero expresan parte de la crisis moral que padecemos. Para muchos chilenos las discusiones sobre las cuestiones políticas no tienen ninguna importancia. Ello sucede en parte porque son temas que sienten muy lejanos, distantes de los problemas reales del diario vivir. El país ha presenciado cómo desde los hemiciclos donde se debieran resolver los grandes problemas nacionales, surgen disputas, rencillas inacabables, ataques personales injustificables. El país observa con asombro las cantidades millonarias de contratos estatales, de dineros públicos, sin que se puedan explicar claramente esos gastos, y a la espera de los procedimientos judiciales que los aclaren. Prueba dolorosa para la misma Iglesia es comprobar que algunos ministros de Dios han sido infieles a sus compromisos y sucumbido con escándalo de muchos, especialmente de los más pequeños.

“Las instituciones encarnan, conservan, transmiten y actualizan las tradiciones. En consecuencia, están afectadas por una crisis análoga. La **institución familiar**, sometida a tantas y tan profundas transformaciones es uno de los ejemplos más actuales y más conocidos en nuestros días. La **institución escolar** está asimismo surcada por la crisis: la autoridad de los educadores, y su mismo papel en la formación de los alumnos están siendo muy cuestionados.”¹⁵

Asistimos a una queja generalizada de nuestros cuerpos docentes por la falta de compromiso e indisciplina de nuestros alumnos. Prueba de ello son los numerosos hechos de sangre que han ocurrido en establecimientos educacionales, ante el asombro de un país que nunca

imaginó semejantes aberraciones entre nuestros jóvenes, algunas veces aún niños.

16. El individualismo como forma de vida

“La valoración del individuo es una de las conquistas más importantes de los tiempos modernos. Un ser humano no es un número ni una simple pieza de un conjunto familiar o social. Tiene su singularidad irrepetible y su derecho a un proyecto propio. Esta convicción, presente hoy en el ánimo de las personas, ha favorecido la libertad y la realización de muchos hombres y mujeres”. “Cuando la valoración del individuo no está compensada y equilibrada por otros factores importantes, conduce al individualismo. En el límite, para el individualista las relaciones de grupo «valen» y «sirven» si, en un balance, resultan gratificadoras para sus miembros. El individualista no pertenece de verdad a nada ni a nadie. No ama generosamente a nadie. Ama en la medida en que los demás refuerzan su satisfacción o su autoestima.”¹⁶

¡Quién de nosotros se atrevería a negar esta triste realidad! Nos consolamos autoafirmándonos que somos una nación solidaria, pero también sabemos que ello no es tan verdadero. Estamos creando una cultura en que –como nos enseñó el Papa Juan Pablo– el hombre vale por lo que tiene y no por lo que es. “En la medida en que la niebla del individualismo envuelve e impregna a las personas, la conciencia sentida de estar ligados a Dios, vinculados a una comunidad, interiormente orientados a ser fieles y solidarios, invitados con apremio a amar, se vuelve más «contracultural», más extraña. «Quien no ama no conoce a Dios». El individualismo puede inducir a lo sumo a formas de religiosidad que pretenden sobre todo el bienestar psicológico del

¹⁵ Carta de los Obispos de Pamplona, etc., ob. cit. n. 26

¹⁶ Carta de los Obispos de Pamplona, etc., ob.cit. n. 27



individuo. Algunos «nuevos movimientos religiosos» parecen responder a esta necesidad. No es, pues, sorprendente, la apatía de tantos conciudadanos a aceptar la doctrina y la vida cristiana propuestas por la Iglesia.”¹⁷

Este individualismo se expresa, evidentemente, en la falta de solidaridad con los más pobres y sufrientes, que –como también hemos señalado con claridad los obispos de Chile– aumenta la brecha entre los que más tienen y los que tienen lo mínimo o menos de lo necesario para llevar una vida digna. La Iglesia sabe muy bien que la justicia social por sí sola no basta para mejorar nuestro mundo: se requiere de la caridad, del amor desinteresado por los demás, que sólo llega a su plenitud desde la perspectiva de la fe. Como enseña la doctrina social de la Iglesia, “La caridad presupone y trasciende la justicia: esta última ha de complementarse con la caridad”, “pues no se pueden regular las relaciones humanas únicamente medidas con la medida de la justicia”.¹⁸

El Papa Juan Pablo II explicó esta realidad con palabras muy certeras: “La experiencia del pasado y de nuestros tiempos demuestra que la justicia por sí sola no es suficiente y que, más aún, puede conducir a la negación y al aniquilamiento de sí misma, si no se le permite a esa forma más profunda que es el amor plasmar la vida humana en sus diversas dimensiones. Ha sido, ni más ni menos, la experiencia histórica la que entre otras cosas ha llevado a formular esta aserción: *summum ius, summa iniuria*. Tal afirmación no disminuye el valor de la justicia ni atenúa el significado del orden instaurado sobre ella; indica solamente, en otro aspecto, la necesidad de recurrir a las fuerzas del espíritu, más profundas aún, que condicionan el orden mismo de la justicia”.

¹⁷ Ibid. n. 28

¹⁸ CDSI 206

Nuestro individualismo tiene entre nosotros una expresión muy concreta que se expresa en la justificación ante las obligaciones frente a los demás diciendo simplemente “yo cumplo con la ley”. Pero la ley de los hombres no basta para hacer de esta tierra un lugar más justo, solidario y respetuoso. Se requiere del amor y particularmente del amor a Dios, del cual nace la entrega sin medida al prójimo. Si se cumple con las leyes de los hombres y no se cumple con la ley de Dios, hacemos de este mundo un mundo injusto. Si las leyes de los hombres, como las que hemos visto en estas décadas en tantas naciones y también en la nuestra, se oponen a la ley de Dios, se transforman en armas de la injusticia y la opresión.

17. El relativismo moral: esconderse a la verdad

Agreguemos, por último, un elemento que viene a ser como el aceite por donde la sociedad resbala en una caída dramática, el relativismo, que con tanta fuerza ha denunciado el Papa Benedicto XVI en los últimos meses. Quien se atreva a señalar que existe la verdad, que el hombre es capaz de descubrir con la razón qué es lo correcto y lo bueno y qué no lo es, sufre el furibundo ataque de personas y grupos cuya intolerancia expresa la tremenda injusticia de exigir ser oídos y respetados en sus ideas, pero desencadenar el odio respecto de quienes los contradigan. Qué prueba más palpable que la que hemos visto en los últimos días a raíz de las discusiones sobre el aparente “matrimonio” entre personas del mismo sexo, quienes sosteniendo en buena ley y con justos argumentos su férrea oposición a una legislación así, han sido sepultados por acusaciones de intolerancia y sexismo, intentándose con ello el silenciamiento de esas voces. Con qué fuerza describió el actual Papa estas realidades el



día antes de ser elegido: **“Cuántos vientos de doctrina hemos conocido en estas últimas décadas, cuántas corrientes ideológicas, cuántas modas del pensamiento... La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos con frecuencia ha quedado agitada por las olas, zarrandeada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinismo; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice san Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir en el error (Cf. Efesios 4, 14). Tener una fe clara, según el Credo de la Iglesia, es etiquetado con frecuencia como fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, el dejarse llevar «zarrandear por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud que está de moda. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que sólo deja como última medida el propio yo y sus ganas”**.¹⁹

18. Fe y razón, dos alas del desarrollo humano

Tras ese relativismo moral se levanta una vez más una vieja teoría que intenta remozarse y que sostiene que la fe y la razón son incomunicables entre ellas, de manera que la primera es enemiga del progreso, ata al hombre a sentimientos y vulnera su libertad. Pero, como sostiene la fe católica, “La razón no es enemiga de la fe, al contrario. El problema es cuando hay desprecio de Dios y de lo sacro”.²⁰ En parte importante nuestra decadencia moral se debe a la prédica

sistemática de este relativismo, que afirma que cada uno es su verdad y, por tanto, cada uno vive para ella, despreciando la verdad del otro o sólo tolerándola, pero estableciendo una especie de pacto tácito en el cual nadie, ni persona ni institución, puede señalar cuál es la verdad.

“El relativismo se ha convertido en el problema central de la fe en la hora actual. Sin duda, ya no se presenta tan sólo con su vestido de resignación ante la inmensidad de la verdad, sino también como una posición definida positivamente por los conceptos de tolerancia, conocimiento dialógico y libertad, conceptos que quedarían limitados si se afirmara la existencia de una verdad válida para todos. A su vez, el relativismo aparece como fundamentación filosófica de la democracia. Ésta, en efecto, se edificaría sobre la base de que nadie puede tener la pretensión de conocer la vía verdadera, y se nutriría del hecho de que todos los caminos se reconocen mutuamente como fragmentos del esfuerzo hacia lo mejor; por eso, buscan en diálogo algo común y compiten también sobre conocimientos que no pueden hacerse compatibles en una forma común. Un sistema de libertad debería ser, en esencia, un sistema de posiciones que se relacionan entre sí como relativas, dependientes, además, de situaciones históricas abiertas a nuevos desarrollos. Una sociedad liberal sería, pues, una sociedad relativista; sólo con esta condición podría permanecer libre y abierta al futuro”.²¹

Estas breves pero certeras descripciones del fenómeno del relativismo están muy presentes en la vida de nuestro país y su negativa influencia se ha ido extendiendo sobre todo en los sectores más cultos de nuestra sociedad, hasta llegar a la incapacidad de distinguir aspectos

¹⁹ Cardenal J. Ratzinger, Homilía del 18 de abril 2005

²⁰ J. Ratzinger. Debate en el Centro de Orientación Política de Roma. Octubre 2004

²¹ J. Ratzinger, Conferencia en el encuentro de presidentes de comisiones episcopales de América Latina para la doctrina de la fe, celebrado en Guadalajara (México). Noviembre 1996



esenciales de nuestra vida comunitaria, como es el caso de las discusiones acerca de la píldora del día después, en las que, pese a la evidencia de que se trata de un fármaco antivida, la autoridad pública la defiende y distribuye, con graves consecuencias para nuestros jóvenes, que cargan en su conciencia con la presumible muerte de seres ya concebidos.

19. ¿Pero este estado de cosas se ha producido solo?

Algunos se preguntan cómo hemos llegado a esta situación de descalabro moral. La respuesta es dolorosa, pero real. Nosotros mismos hemos conducido a nuestra nación hacia ella. Nosotros mismos hemos puesto en los lugares clave de la conducción de la sociedad –que no son sólo los políticos– a personas que han dirigido el timón hacia estas aguas tormentosas, con grave compromiso de la estabilidad y salud moral de los navegantes. Y por esta razón, nosotros mismos, evaluados los daños provocados en la sociedad por la situación vivida, debemos ser capaces de entregar la conducción de la vida del país en sus niveles superiores –que no son sólo los políticos– a personas verdaderamente capaces de imprimir un nuevo rumbo moral a Chile. Un lúcido enfoque de las causas de los males que Chile y muchas naciones padecen lo hizo el recordado Papa Juan Pablo II cuando señaló: “En el siglo XX los regímenes totalitarios destruyeron enteras generaciones, porque minaron tres pilares de toda civilización auténticamente humana: *el reconocimiento de la autoridad divina*, de la que brotan las orientaciones morales irrenunciables de la vida (cf. *Ex* 20, 1. 18); *el respeto a la dignidad de la persona*, creada a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn* 1, 26-27); y el deber de *ejercer el poder al servicio de todo miembro de la sociedad* sin excepciones, comen-

zando por los más débiles e indefensos. El haber negado a Dios no ha hecho al hombre más libre. Al contrario, lo ha expuesto a diversas formas de esclavitud, rebajando la vocación del poder político al nivel de una fuerza bruta y opresiva”.²²

En efecto, el elemento central de la decadencia moral que hoy sufre Chile es de larga data. Viene de las luchas religiosas del siglo XIX, de la visión marxista del hombre y de la sociedad, que se ancló con fuerza en nuestra nación y de un liberalismo –doctrinal y económico– que ha olvidado elementos esenciales de la dignidad humana, sobre todo de los más desposeídos. **Pero, sin duda alguna, el punto central que explica la crisis es el olvido de Dios, el sistemático empeño de grupos y personas de levantar una sociedad sin valores absolutos, la prescindencia sistemática de los valores religiosos en la formación moral de nuestro pueblo.** Dios ha sido sacado de nuestra historia pública y el hombre, cuando construye la historia sin Dios, se destruye a sí mismo.

20. Reconocer el valor del aporte de la Iglesia

La misma Iglesia Católica, cuya acción vitalizadora de toda la sociedad ha sido el fundamento de la nación que hemos levantado, es hoy día casi desconocida por nuestro sistema jurídico. El bien que en muchos aspectos hace la Iglesia a los ciudadanos no tiene un reconocimiento formal, sino más bien la tolerancia de la ley. Así sucede en la educación, donde las clases de religión son una concesión de la ley estatal; así sucede con muchas entidades católicas que dan formación a nuestros ciudadanos, que no tienen ningún apoyo estatal a menos que se sometan al sistema estatal. Y podrían seguir los

²² Juan Pablo II, Encuentro con políticos de Ucrania, Sábado 23 de junio de 2001



ejemplos. Mientras la gran mayoría de las naciones de occidente –incluida nuestra América– han establecido acuerdos de reconocimiento de la Iglesia, de sus instituciones, sus derechos, etc., en Chile la Iglesia católica y las demás iglesias son sólo toleradas por el régimen jurídico. Queda en este ámbito un gran camino por recorrer, que exige autoridades capaces de comprender a fondo el aporte moralizador y educativo de las confesiones religiosas en el bien común de Chile.

21. Nuestros católicos, diversas actitudes

Es cierto, sin embargo, que un número muy notable de católicos asume íntegramente la fe de la Iglesia y se esmera en llevarla a la práctica en su vida personal, social, política, etc. Pero la realidad nos señala también que son muy numerosos los creyentes que se van distanciando respecto de bastante de sus contenidos. Apunta la reserva crítica y la sospecha respecto a bastantes afirmaciones medulares del Mensaje cristiano. La tendencia a escoger en el «supermercado de la fe» aquellos ingredientes de mi propio plato combinado es real y creciente. La «fe heredada» va convirtiéndose para muchos en «fe subjetiva». Algunos califican a este fenómeno como «cisma soterrado».

“Existe un grupo notable de católicos que aceptan «tal cual» todo el mensaje moral de la Iglesia. Pero, en esta área, el desmarque con respecto a la doctrina moral propuesta por aquélla es sensiblemente mayor. Tal desmarque no es una simple desviación de una conducta práctica que se aparta de las pautas morales. Numerosos cristianos, incluso practicantes, ponen graves reparos ante los criterios eclesiales relativos a la moral sexual, familiar y a la ética de la vida humana. En estos puntos el discernimiento moral que rige la conducta práctica se realiza sin atenerse, al menos suficientemente, a la doctrina

eclesial. Es, con todo, sensiblemente más neta su adhesión, al menos teórica, a la doctrina social de la Iglesia e incluso a las líneas mayores de su mensaje moral.”²³

22. El votante católico frente a las elecciones

Es especialmente necesario que quienes son católicos sepan ser exigentes con los candidatos para conocer su pensamiento en los temas valóricos. **Sin embargo, no hay que esperar a ver sus políticas y propuestas escritas en el papel. También el juicio debe asumir su pasado, su forma de enfrentar la vida, su manera de concebir su propia familia, sus muchas opiniones que los medios de comunicación a diario nos transmiten y su pertenencia a corrientes ideológicas o culturales que nos son perfectamente conocidas.** Por desgracia, muchos políticos son poco claros y no expresan con claridad lo que piensan sobre los temas esenciales. Sus respuestas son vagas, distractoras y no pocas veces pensadas para no decir nada y para de esta manera no ser luego “castigados” por los votantes que buscan claridad en aspectos medulares de la vida del país. No olvidemos que nuestra propia idiosincrasia es un poco así; se dice sin decir o como dice el sabio refrán: “Digo que cuando digo no digo digo sino que digo diego”. Las noticias de cada día nos van enfrentando poco a poco a este tipo de navegación de candidatos de los que nadie sabe bien qué piensan, porque muchos de ellos son elegidos por el sistema, arrastrados por las llamadas máquinas electorales, con su marketing cuantioso, que puede llevar a obtener la mayor votación a alguien casi desconocido.

²³ Obispos españoles, ob. cit., n.17



ANEXO

Por parecernos de particular interés agregamos como anexo a este documento de trabajo la siguiente “Instrucción Pastoral sobre las Elecciones” de monseñor Mario De Gasperín Gasperín, Obispo de Querétaro, México

UN CATÓLICO VOTA ASÍ:

La democracia no se sustenta sin la verdad. Verdad y libertad, o bien van juntas o juntas perecen miserablemente (Juan Pablo II).

I. ENSEÑANZA DE LA IGLESIA:

1. La Iglesia católica no tiene partido. Como institución, la Iglesia acoge a todos los bautizados y no apoya a ningún partido político; más aún, acepta que una misma fe puede inspirar opciones políticas diversas.

2. Los fieles católicos pueden afiliarse y votar libremente por el partido político y por el candidato que, sin contradecir sus convicciones morales y religiosas, mejor responda al bien común de los ciudadanos.

3. La jerarquía de la Iglesia, es decir, los diáconos, presbíteros y obispos, no pueden afiliarse a ningún partido político, ni apoyar públicamente a un candidato en particular. Es su derecho y deber proponer los principios morales que deben regir el orden social y, en privado, votar por quien quieran.

4. Los fieles católicos están obligados a ser coherentes con su fe en público y en privado; no pueden, por tanto, sin traicionarse a sí mismos, adherirse o votar por un partido o por un candidato

contrario a sus convicciones religiosas y a sus exigencias morales.

II. POR TANTO, UN CATÓLICO:

5. No puede votar por un partido o por un candidato que esté en contra del respeto absoluto que se debe a la vida humana desde la concepción hasta su desenlace natural, como serían los que propician el aborto, la eutanasia o la manipulación de los embriones.

6. No puede votar por un partido o por un candidato que no respete la dignidad de la persona humana, como serían los que defienden o promueven la prostitución, las uniones homosexuales o lesbianas, los anticonceptivos físicos o químicos, la pornografía especialmente la infantil, la clonación humana, el uso o tráfico de drogas, la venta indiscriminada de alcohol, el machismo, la discriminación étnica y racial.

7. No puede votar por un partido o por un candidato que no respete el derecho primario de todo hombre o mujer a practicar, en privado o en público, individualmente o en grupo, sus creencias religiosas; o que obstaculice de cualquier manera la enseñanza de la religión, prohíba las manifestaciones públicas de fe o se oponga a la instalación de los lugares para el culto que pida la comunidad.

8. No puede votar por un partido o por un candidato que se oponga o niegue el derecho inalienable de los padres de familia a escoger el tipo de educación que, de acuerdo a sus convicciones, quieran para sus hijos.

9. No puede votar por un partido o por un candidato que no le garantice, con certeza moral, que utilizará honestamente los dineros y bienes pú-



blicos; que va a cumplir lo que promete; que buscará el bien común y no el provecho propio y de sus colaboradores.

10. No puede votar por un partido o por un candidato que no se comprometa a promover la dignidad de la familia fundada sobre el matrimonio monogámico entre personas de opuesto sexo; a combatir la violencia, la drogadicción, la injusticia institucionalizada, la corrupción pública y que no haga propuestas creíbles en favor de los más necesitados.

III. AL CONTRARIO, UN CATÓLICO:

11. Debe votar, preferentemente, por un candidato que respalde con su ejemplo las virtudes humanas y cristianas como son el respeto a los demás, el saber escuchar, el diálogo, el decir la verdad, la honestidad, la vida morigerada, la fidelidad conyugal y el amor a su familia.

12. Debe votar, preferentemente, por un candidato que demuestre con hechos su espíritu de servicio a los demás, con especial preferencia hacia los pobres y que en todo y sobre todo defienda la dignidad de la persona humana.

13. Debe votar, preferentemente, por un candidato que tenga cualidades de gobierno y que garantice la vigencia del estado de derecho mediante la aplicación de la ley, sin excepción de personas o de cargos.

IV. POR ESO, UN CATÓLICO CUMPLE ASÍ LOS DIEZ MANDAMIENTOS:

14. 1º) Amar a Dios sobre todas las cosas. El partido político o el candidato no pueden ser amados más que Dios: Es preciso obedecer a

Dios antes que a los hombres (S. Pedro: Hechos 5,2).

2º) No jurar el nombre de Dios en vano: No se puede usar a Dios o la religión para hacer propaganda política o para ganar votos.

3º) Santificar las fiestas: El domingo es día de guardar, de descanso y dedicado a la familia; es Día del Señor, para ir a misa.

4º) Honrar a tu padre y a tu madre: El respeto a los padres está sobre el respeto a los jefes y a los compañeros de partido. A la mujer, en su condición de madre, esposa, hermana e hija, se le debe sumo respeto.

5º) No matar: Están prohibidas las venganzas, “ajustes de cuentas”, muertes políticas y, sobre todo, el matar las esperanzas de los más débiles con políticas económicas equivocadas o acumulando riquezas injustas.

6º) No fornicar: Está prohibido aprovecharse del puesto o de las influencias para obtener servicios y favores sexuales de cualquier persona.

7º) No robar. Tomar o retener injustamente los bienes ajenos o los dineros públicos y emplearlos para el bien personal, es robar. El pecado de robo no se perdona si no se devuelve lo robado.

8º) No levantar falso testimonio ni mentir: El falso testimonio, la calumnia y los anónimos denotan cobardía y son pecado. No hay mentiras piadosas ni es verdad que en política todo se vale. Pensar así es fomentar el cinismo y el deterioro social.

9º) No desear la mujer de tu prójimo. El tener dinero, prestigio o poder no da derecho a repudiar a la esposa legítima y a juntarse con otra:



Quien se casa con un(a) divorciado(a) comete adulterio (Jesús: Mt 5,12).

10°) No codiciar los bienes ajenos: La codicia se refiere al deseo de tener, por cualquier medio, los bienes del prójimo o los bienes públicos. Éste sería el caso de quien busca un puesto político con la intención de enriquecerse y no de servir.

V. UN CATÓLICO SABE:

15. Que, si bien la democracia no se agota en el proceso electoral, su fe lo compromete a colaborar en el bien del país emitiendo su voto libre, secreto, personal e informado. El abstencionismo es un pecado de omisión.

16. Que está obligado a conocer los principios morales y la doctrina de los partidos y candidatos y a no dejarse manipular. Es pecado grave comprar o vender votos y colaborar de cualquier manera en un fraude electoral.

17. Que debe conocer su fe y formar su conciencia de acuerdo a las enseñanzas de la Iglesia y de la moral católica, y emitir su voto pensando en el bien común y no según intereses personales o de partido.

18. Que si no encuentra un partido o candidato que concuerde con sus principios religiosos y morales, debe votar, según su juicio y en conciencia, por el menos malo.

19. Que debe brindar a las instituciones ciudadanas que participan y cuidan de los procesos democráticos su respeto y apoyo. La democracia es un bien que todos debemos proteger.

VI. UN CATÓLICO DEBE TENER EN CUENTA:

20. Que estos principios doctrinales son válidos para los católicos de cualquier parte y no tienen dedicación particular, más que la que cada uno le quiera dar. Por tanto, el católico que actúa según estos criterios, contribuye de manera sustancial al bien del país, y nadie puede sentirse ofendido, porque se trata de la aplicación de principios que emanan de la ley natural común a todo ser humano. La Iglesia, además, es anterior a cualquier partido político y la fe trasciende las ideologías; en todo caso, quienes podrían sentirse ofendidos son los católicos que pagan impuestos y son usados con frecuencia para atacar los principios fundamentales de su fe y de la moral católica.

21. Que estos principios, por ser expresión de la ley natural y estar grabados por Dios en el corazón humano, obligan a todos por igual. Si algunos coinciden con la moral católica -y muchos coinciden-, esto se debe a que la verdad es una y no a querer imponer un estado católico o un gobierno confesional. Esta coincidencia con la moral católica de ninguna manera los vuelve confesionales. Un gobernante católico gobierna, sin renegar de su fe, no desde sus postulados religiosos sino desde los preceptos de la ley natural centrados en la dignidad inviolable de la persona humana.

22. Que el querer apartar a los católicos de la vida política por el hecho de manifestarse coherentes con su fe es una forma de intolerancia y discriminación religiosa, violatoria de los derechos humanos. Por tanto, un católico que vota según estos principios, está contribuyendo a la maduración de un auténtico estado laico y democrático.

VII. UN CATÓLICO ORA ASÍ:



23. Dios todopoderoso y eterno, en cuya mano está mover el corazón de los hombres y defender los derechos de los pueblos, mira con bondad a nuestros gobernantes, para que, con tu ayuda, promuevan una paz verdadera, un auténtico progreso social y una verdadera libertad religiosa (Liturgia del Viernes Santo).

Santiago de Querétaro, abril 27 de 2003

+ Mario De Gasperín Gasperín
Obispo de Querétaro

Nota: Esta doctrina se encuentra principalmente en el Catecismo de la Iglesia Católica, en las encíclicas del Papa Juan Pablo II: El Evangelio de la Vida y El Esplendor de la Verdad; además, en la carta pastoral de los obispos mexicanos:

Del encuentro con Jesucristo vivo a la solidaridad con todos (25 de marzo de 2000) y responde a lo que pide la reciente Nota Doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al comportamiento y conducta de los católicos en la vida política, de la Congregación para la Doctrina de la Fe (24 de noviembre de 2002). También está de acuerdo con la Declaración Universal de los Derechos del Hombre de la Organización de las Naciones Unidas (1948)”

Pido a todos orar intensamente por nuestra Patria en un momento delicado de su historia y pongo bajo el patrocinio de la Santísima Virgen del Carmen, Reina y Patrona de Chile, las reflexiones que a cada uno le susciten estas líneas, que han sido escritas con el único y exclusivo fin de ayudar a muchos hombres y mujeres a un discernimiento cristiano de nuestra vida política.